

G-F 6668

83

M. RAMOS CARRION



Mi

2 pts.

CARA MITAD

BIBLIOTECA "JOYAS LITERARIAS"

TEATRO SELECTO



© The Tiffen Company, 2007

Centimetres Tiffen Color Control Patches Blue Cyan Green Yellow Red Magenta White 3/Color Black



D.G.C.L.
A

TEATRO SELECTO



MIGUEL RAMOS CARRIÓN

MI CARA MITAD

MORALEJA CÓMICA EN DOS ACTOS

N.º 83



CB. 1166227
t. 95265

PERSONAJES :

Inés	Ricardo
Doña Asunción	Don Benigno
Julieta	Portugalete
Telesfora	Atanasio
Una Doncella	Un Criado



POR LO QUE SE
REFIERE A LA PRE-
SENTE EDICIÓN ES
PROPIEDAD DE LA

EDITORIAL CISNE — UNIÓN, 21 — BARCELONA

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

IMP. MODERNA

R. 88520

ACTO PRIMERO

Gabinete de estilo «Imperio», amueblado con lujo. Dos puertas al foro, y entre ellas la chimenea. Otras dos a la izquierda; balcón en segundo término. El primero lo ocupa un mueblecito, «buró-secreter», con cajoncitos y escribanía.

La chimenea está encendida y tiene sus enseres y pantalla baja. A los lados hay dos sillones y dos sillas volantes. Sobre la mesita, que adorna un reloj grande y dos estatuas de bronce, está el retrato de doña Asunción, pintado al óleo, de tamaño natural y de medio cuerpo, vestida con espléndido traje de baile. Este retrato, en lujosísimo marco dorado, ha de tener exacto parecido con la actriz que interprete el personaje, y debe estar preparado para el juego escénico del final del acto, como allí se indica.

Repartidas convenientemente por la escena: algunas sillas, Cortinajes apropiados al estilo del mobiliario, y en las paredes cuadros con grabados antiguos. Alfombra rica y tapiz en el centro. En los rincones, pilastras con tóbores o jarrones artísticos.

ESCENA PRIMERA

RICARDO *solo, sentado delante del buró y muy caviloso, con una agenda de bolsillo en la mano.*

RICARDO. — Una y tres, cuatro y cinco, nueve y seis, quince; llevo una. Una y siete, ocho y seis, catorce y cuatro, diez y ocho y seis, veinticuatro: llevo dos. Dos y nueve, once y seis, diecisiete y nueve, veintiséis y nueve, treinta y cinco y ocho, cuarenta y tres: llevo cuatro. Cuatro y nueve, trece y ocho, veintiuna y nueve, treinta, y

nueve, treinta y nueve, y ocho, cuarenta y siete, sesenta y dos, setenta, cero y llevo siete. (*Pausa.*) Setenta mil cuatrocientas cuarenta y cinco pesetas... Nada, siempre resulta igual; esto es imposible... Más de doce mil duros... Un exceso de quince mil pesetas sobre los gastos del año anterior... (*Se levanta y va a sentarse en la silla volante de la izquierda que está al lado de la butaca.*) Hoy todavía puede remediarse, mañana será imposible... Basta de dudas y vacilaciones... Se lo digo a Inés; sí, se lo digo.

ESCENA II

DICHO e INÉS, que ha salido un poco antes por la segunda izquierda y que se acerca de puntillas a RICARDO sin que éste la vea.

INÉS. — Me parece muy bien; dímelo.

RICARDO. — ¡Ay, tú! (*Ocultando rápidamente la agenda.*)

INÉS. — Sí, yo. ¿Por qué te asustas?

RICARDO. — Yo... asustarme, no.

INÉS. — Sí, no disimules; ¿qué tienes? Estabas hablando solo, como un loco. ¿Qué te pasa?

RICARDO. — Pues bien, sí; voy a decírtelo, a confesártelo todo. Estoy obligado a no callar más tiempo.

INÉS. — ¿Qué sucede? ¡Por Dios! Habla pronto. ¿Ocurre alguna desgracia?

RICARDO. — No; no te asustes, vida mía. Yo te lo ruego. Siéntate aquí, a mi lado, y tranquilízate. Ahora que estamos solos, completamente solos, hablaremos con toda libertad, sin que nos moleste nadie. (*Va a las puertas y las cierra.*)

INÉS. — Habla ya, que me tienes muy alarmada.

RICARDO. — Cálmate, cálmate. (*En voz muy baja. Sentándose al lado de INÉS.*) ¿Dónde está?

INÉS. — ¿Quién?

RICARDO. — Tu mamá... ¿Quién ha de ser?

INÉS. — Como me preguntas así, sin nombrarla... Está en su cuarto, vistiéndose.

RICARDO. — ¡Ah! Si está vistiéndose, tardará en venir. Me tranquilizo.

INÉS. — Hombre, parece que la tienes miedo...

RICARDO. — Miedo, no; tanto como miedo... Respeto, respeto nada más, pero no es conveniente que se entere todavía de lo que pasa...

INÉS. — ¡Ay, dílo pronto!

RICARDO. — Sí; vas a saberlo todo.

INÉS. — ¡Por fin!

RICARDO. — Ya habrás notado que hace algún tiempo estoy caviloso, preocupado, triste...

INÉS. — Sí; pero tú me lo negabas; decías que era aprensión mía...

RICARDO. — Pues no lo era. Por desgracia, hay una razón para que yo me preocupe, para que no esté alegre como antes... ¡Inés, dame un abrazo!

INÉS. — ¿Pero qué te sucede? Sácame de esta inquietud. ¿Qué libro es ese que ocultaste cuando yo llegué?

RICARDO. — Este libro (*Sacándolo.*) es la agenda en que apunto los gastos de casa... Aquí está la causa de mi constante preocupación.

INÉS. — ¿Eh?

RICARDO. — Sí. Entérate. Lee esta página, que es el resumen del año... Mira... (*Dándole la agenda.*)

INÉS. — Me tiembla el pulso de tal manera que no puedo...

RICARDO. — (*Cogiéndole con cariño la mano y sujetándola para que no tiemble.*) Tranquilízate y lee, lee...

INÉS. — Casa... diez mil pesetas... ¿Qué es esto?

RICARDO. — Ésta casa, ésta en que vivimos. Eso es lo que cuesta de alquiler...

INÉS. — Pero...

RICARDO. — Continúa.

INÉS. — Comida... Diez y ocho mil doscientas cincuenta pesetas...

RICARDO. — (*Con naturalidad y no en tono de reproche.*) Ya es comer, ¿eh? Ocho duros diarios para la plaza y dos más de vinos y postres, extraordinarios...

INÉS. — Sí, sí. (*Leyendo.*) Veraneo. Quince mil pesetas.

RICARDO. — Zaldívar para tu madre; Alzola para tu padre, y San Sebastián y Biarritz para refrescarnos todos... que ya estamos frescos.

INÉS. — Pero...

RICARDO. — Sigue, sigue.

INÉS. — Turno al Real, Español, Comedia, Lara y demás diversiones... Seis mil quinientas.

RICARDO. — (*Siempre con naturalidad.*) Así estamos tan divertidos. Continúa.

INÉS. — Reuniones...

RICARDO. — Nuestros miércoles... a doscientas pesetas de emparedados, dulces, pastas, licores, cigarros... etcétera, etcétera.

INÉS. — Treinta y cinco miércoles, siete mil pesetas.

RICARDO. — Poco más o menos.

INÉS. — Alquiler de coche, cuatro mil pesetas.

RICARDO. — Para ir en berlina...

INÉS. — ¡Ricardo...!

RICARDO. — Sigue.

INÉS. — Modista y perifollos... ¡Hombre!

RICARDO. — Van incluidas en eso las cuentas de cintas, telas, flores...

INÉS. — Cinco mil... Gastos míos... ¿Tuyos?

RICARDO. — Sí. Vestir, fumar, casino, etcétera.

INÉS. — Mil quinientas. Pero...

RICARDO. — Sigue, que falta poco.

INÉS. — Servidumbre, dos mil quinientas. Extraordinarios, mil quinientas... Total: setenta y siete mil novecientas pesetas.

RICARDO. — Eso hemos gastado en un año.

INÉS. — Es bastante.

RICARDO. — (*Levantándose.*) Sí, bastante para arruinarnos si seguimos así.

INÉS. — ¿Qué dices?

RICARDO. — Ya has visto los gastos; los ingresos se reducen, incluyendo la renta del papel, a treinta mil pesetas. Hay, pues, un déficit de cuarenta y siete mil pesetas anuales.

INÉS. — ¡Qué atrocidad!

RICARDO. — Eso digo yo: ¡qué atrocidad!

INÉS. — ¡Ay, Ricardo, Ricardo, yo no sabía nada! ¿Por qué no me lo has dicho antes? (*Echándose a llorar.*)

RICARDO. — Por evitarte ese disgusto, sin pensar que al fin y al cabo había de proporcionártelo mayor.

INÉS. — ¡Ay, Dios mío! (*Llorando más fuerte.*)

RICARDO. — (*Acariciándola.*) No llores, no te aflijas; la situación es grave, pero no desesperada, ni mucho menos.

INÉS. — Eso me lo dices por consolarme...

RICARDO. — No, Inés, no. Debo, sí, bastante dinero; pero no tanto que no pueda pagarse reduciendo los gastos, economizando...

INÉS. — ¡Ay! Sí, sí. Al momento. Es preciso vivir con lo que resta después de pagar todo lo que debes.

RICARDO. — (*Abrazándola.*) ¡Bendita seas! ¡No sabes lo feliz que me haces hablándome así, Inés mía!

INÉS. — ¿Pensabas acaso que no era yo capaz de sufrir privaciones, de sacrificarme por ti?

RICARDO. — ¡ Ah ! Sí, ya lo veo.

INÉS. — Ahora comprendo tu preocupación, tu ~~desasosiego~~ desasosiego, que yo atribuí a indiferencia, a falta de cariño...

RICARDO. — Si te quiero con toda mi alma ; y ahora más que nunca.

INÉS. — Perdóname, Ricardo.

RICARDO. — ¿ De qué ? La culpa es mía. Gastamos demasiado ; mis rentas no dan para tanto ; es preciso renunciar a ciertos lujos...

INÉS. — A todo, a todo. Yo viviré dichosa a tu lado comiendo unas patatas... (*Echándose a llorar.*)

RICARDO. — ¡ Amor mío ! (*Abrazándola.*)

INÉS. — ¡ Sí, unas patatas ! (*Llorando.*)

RICARDO. — (*Emocionado también.*) No ; algo más podremos comer.

INÉS. — Vaya, no te aflijas tú ahora...

RICARDO. — Es que me has conmovido con ese rasgo de... las... patatas.

INÉS. — A ver, trae esa agenda. Estas cosas hay que resolverlas así, de pronto, sin vacilaciones... Siéntate. Vamos a reducir los gastos... Ve escribiendo.

RICARDO. — (*Se sienta ante el buró y va escribiendo.*) ¡ Qué buena eres ! Parece mentira que hayas nacido de...

INÉS. — ¡ Ricardo ! (*Atajándole muy seria.*)

RICARDO. — De un ser humano, iba a decir, porque eres un ángel.

INÉS. — Escribe, escribe. Casa... (*Después de leer en la agenda.*)

RICARDO. — Casa...

INÉS. — Aquí dice diez mil pesetas... Pongamos... ¿ Cuánto te parece ?

RICARDO. — Tú dirás.

INÉS. — Hay que reducirse mucho, mucho...

RICARDO. — Así te quiero, razonable...

INÉS. — Pon... nueve mil.

RICARDO. — ¡Nueve mil! (*Asustado.*)

INÉS. — ¡Menos! Ocho mil quinientas.

RICARDO. — Está bien. (*Resignándose y escribiendo.*)

INÉS. — Comida, diez y ocho mil doscientas cincuenta pesetas... rebaja dos mil; quedan en dieciséis mil doscientas cincuenta.

RICARDO. — Ya se pueden comprar algunas patatas.

INÉS. — Rebaja más si quieres...

RICARDO. — No; lo que tú me digas. Luego veremos el total.

INÉS. — Veraneo... quince mil... (*Se queda mirando a RICARDO como consultándole.*)

RICARDO. — Eso es. ¿Qué dices?

INÉS. — Pasar el verano en Madrid...

RICARDO. — Sí; hace mucho calor.

INÉS. — Luego los baños de papá...

RICARDO. — Y los de mamá...

INÉS. — Los pobres lo necesitan...

RICARDO. — ¡Claro!

INÉS. — Pondremos... Catorce mil, ¿te parece? (*Con mucho mimo.*)

RICARDO. — Lo que tú quieras. (*Escribe.*)

INÉS. — Nuestros miércoles.

RICARDO. — Suprimidos.

INÉS. — ¿Cómo?

RICARDO. — Miércoles, cero, cero, cero.

INÉS. — Pero, hombre, una recepción modestísima...

RICARDO. — Que nos cuesta siete mil pesetas anuales.

INÉS. — Rebajaremos.

RICARDO. — No transijo. (*Levantándose.*)

INÉS. — ¿Y qué va a decir mamá? Ella que goza tanto...

RICARDO. — Sí, sobre todo cuando los periódicos dicen que hizo los honores de la casa con su amabilidad característica... ¡Amabilidad!

INÉS. — Recibiremos una vez al mes.

RICARDO. — No, Inés, no. Basta de reuniones cursis, que ya hay demasiadas en Madrid.

INÉS. — ¿Cursis? ¿Cursis nuestros miércoles? ¡Eso sí que no te consiento decirlo! (*Indignada.*)

RICARDO. — Pues, sí; cursis, cursis, cursis; como todo aquello que pretende ser más de lo que es. Quédense los saraos para quien pueda darlos sin sacrificio alguno; para aquellos que sin privarse de lo necesario, proporcionan solaz y diversión a sus amigos; para los que están obligados a demostrar su riqueza y su buen gusto; para nosotros, no, desengáñate, Inés: nosotros somos de los que deben asistir a las fiestas que den... los que puedan darlas.

INÉS. — Basta, basta de sermón.

RICARDO. — Reflexiona...

INÉS. — No hablemos más de ello... (*Tirando la agenda sobre el buró.*) Haz las rebajas que tú quieras... supríme-lo todo.

RICARDO. — No es eso, mujer; pero ya te he dicho que nuestra situación es difícil, que puede llegar a ser angustiosa.

INÉS. — ¿Quieres afligirme más? (*Llorando.*) ¿Quieres desesperarme? Viviremos como tú quieras... en una guardilla...

ASUNCIÓN. — (*Voz dentro.*) ¡Inés!

RICARDO. — ¡Ah! ¡Tu madre! Te dejo. (*Recogiendo la agenda.*) ¡Que no te vea llorar! ¡Que no se entere! (*Vase por el foro izquierda.*)

ESCENA III

INÉS y DOÑA ASUNCIÓN *por la primera izquierda.*

ASUNCIÓN. — ¡Inés! ¡Ah! ¡Estabas aquí! Y yo buscándote por toda la casa... ¡Pero todavía sin vestirme! Anda, mujer, que ya es muy tarde... ¿Qué es eso? ¿Estás llorando?

INÉS. — No...

ASUNCIÓN. — Sí: ¿qué te pasa?

INÉS. — Nada... Una cuestión que he tenido con Ricardo... La primera en tres años de matrimonio; pero yo te aseguro que será la última...

ASUNCIÓN. — ¿La última llorando tú? Si le hubieras hecho llorar a él... acaso... ¿Qué ha sido ello?

INÉS. — No le falta razón... Yo lo comprendo... Pero me ha dado un disgusto muy grande...

ASUNCIÓN. — ¡Alguna tontería! Vaya, déjate de bobadas y ve a vestirme...

INÉS. — No, mamá, no; desgraciadamente, lo que sucede tiene mucha importancia... Ricardo lo ha ocultado hasta hoy, por no disgustarnos... pero... al fin ha tenido que confesarme su situación... que es comprometida...

ASUNCIÓN. — Pues ¿qué le pasa?

INÉS. — (*Bajando la voz.*) ¡Debe mucho, mucho dinero!...

ASUNCIÓN. — ¿Ha jugado? ¡El Casinito! Ya me lo estaba yo temiendo...

INÉS. — No es eso, no...

ASUNCIÓN. — Entonces, ¿de qué debe? Algún lío...

INÉS. — No, mamá; según dice, ha tenido pérdidas en sus intereses y además en casa se ha gastado mucho... demasiado...

ASUNCIÓN. — ¿Aquí? ¿En qué?

INÉS. — En todo. No tienes idea; lo mismo me sucedía a mí, pero he visto las cuentas y me he convencido.

ASUNCIÓN. — ¿Y qué le vamos a hacer? Eso no es cosa de las mujeres; si lo debe que lo pague...

INÉS. — Eso quiere; pero es preciso para eso... economizar... reducir los gastos, y al tratar de hacerlo no hemos estado conformes en la supresión de algunos...

ASUNCIÓN. — ¿Cuáles? Sepamos...

INÉS. — Entre otros... los miércoles.

ASUNCIÓN. — ¡Suprimir los miércoles! Ese hombre está loco. ¿A quién se le ocurre suprimir los miércoles, dar esa campanada? ¿Qué dirían en todo Madrid? Eso era confesar a gritos que estábamos tronados. Y además, ¿qué economía es ésa? Una reunión modestísima...

INÉS. — Eso le he dicho yo...

ASUNCIÓN. — Que no busque pretextos para justificar, sabe Dios qué gastos que no conocemos... y que procuraré averiguar. Yo hablaré con él y se pondrán las cosas en claro...

INÉS. — No, por Dios; te suplico que no te des por enterada del asunto... Me ha encargado la mayor reserva.

ASUNCIÓN. — Bueno; te complaceré... pero tomaré mis medidas. Todo ello serán exageraciones tuyas; ni deberá tanto como dice... Los hombres son así: se habrá propuesto tirar de la cuerda para que no se gaste, y te lo pinta todo muy negro... No seas tonta, ni te tomes disgusto por cosas en que al fin y al cabo tú no debes intervenir. ¡Allá él! Su posición le obliga a no vivir como un cualquiera...

INÉS. — Pero si no puede...

ASUNCIÓN. — Basta de conversación. Ve a vestirte.

INÉS. — Voy.

ASUNCIÓN. — ¡Ah! ¿Sabes lo que he pensado?

INÉS. — ¿Qué?

ASUNCIÓN. — Que la falda gris, no debes adornarla con terciopelo, sino con bullones de seda verde lagarto. Muy huecos, ¿comprendes? Así, tres filas... ¡Estará precioso, originalísimo, ideal!

INÉS. — Como tú quieras... (*Vase por la primera izquierda.*)

ESCENA IV

DOÑA ASUNCIÓN y DON BENIGNO. *Sale por el foro derecha, seguido del criado, que se lleva el gabán y el sombrero.*

BENIGNO. — ¡Hola! ¿Vas a salir?

ASUNCIÓN. — Sí; tenemos que ir a casa del modisto; pero antes necesito que hablemos.

BENIGNO. — (*Como resignándose.*) Habla.

ASUNCIÓN. — (*Se sientan junto a la chimenea.*) Inés y Ricardo han tenido un disgusto muy gordo.

BENIGNO. — ¡Un disgusto!

ASUNCIÓN. — Ricardo ha dicho que no es posible seguir viviendo así; quiere hacer grandes economías.

BENIGNO. — ¡Esto ya me lo esperaba yo!

ASUNCIÓN. — ¿Por qué?

BENIGNO. — Porque gastamos muchísimo dinero.

ASUNCIÓN. — ¿También tú crees eso?

BENIGNO. — También.

ASUNCIÓN. — Pues no es sólo por lo que se gasta, sino porque dice que ha tenido importantes pérdidas en sus intereses.

BENIGNO. — Si es cierto, comprendo que quiera reducir los gastos.

ASUNCIÓN. — ¿En qué ha tenido esas pérdidas? Vamos a ver. Es necesario que lo averigües inmediatamente, que se lo preguntes.

BENIGNO. — ¿Yo? ¿Con qué derecho?

ASUNCIÓN. — Con el de padre de su esposa.

BENIGNO. — Desengáñate, Asunción; yo no debo meterme en esas cosas. El dinero es suyo...

ASUNCIÓN. — Y de su mujer.

BENIGNO. — Hasta cierto punto; porque nuestra hija no aportó al matrimonio absolutamente nada.

ASUNCIÓN. — Porque no lo tenía.

BENIGNO. — Por eso, y por eso no debo hacer lo que me aconsejas.

ASUNCIÓN. — Lo haré yo.

BENIGNO. — Harás muy mal. Nosotros, por las circunstancias en que estamos, lo único que tenemos que hacer es oír, ver y callar.

ASUNCIÓN. — ¿Yo callar? ¡Eso no!

BENIGNO. — Lo creo.

ASUNCIÓN. — Mi deber de madre me obliga a poner en claro lo que sucede.

BENIGNO. — Asunción, tú no quieres hacerte el cargo de que Julieta, tú y yo, desde que se casó Inés, estamos viviendo de gorra.

ASUNCIÓN. — ¡Qué frase tan decente!

BENIGNO. — Podrá ser de dudoso gusto; pero es muy expresiva. Nuestro yerno nos mantiene, nos viste, nos divierte... ¿Qué podemos pedir? Yo ya procuro, por delicadeza, gastar lo menos posible. Sabes que el tabaco habano es mi único vicio, mi deleite... Pues no lo fumo sino cuando a Ricardo se le ocurre darme algún cigarro y me contento con una cajetilla de cuarenta y cinco... para dos días.

ASUNCIÓN. — Porque eres tonto. Ahí tienes las cajas de puros a tu disposición...

BENIGNO. — A mi disposición, no.

ASUNCIÓN. — Siempre te ha perdido la cortedad, la timidez... No te atreves a nada.

BENIGNO. — Tú, en cambio, te atreves a todo.

ASUNCIÓN. — Así hay que vivir en el mundo. Pero esto es hablar inútilmente. Repito que estás obligado a averiguar la causa de esa pérdida de intereses. ¡Quién sabe cuál será! El juego acaso... (*Se levanta.*)

BENIGNO. — Ricardo no juega.

ASUNCIÓN. — El sostenimiento de alguna mujer...

BENIGNO. — Ricardo está enamoradoísimo de nuestra hija.

ASUNCIÓN. — Pues entonces, ¿en qué se ha gastado?...

BENIGNO. — En lo que disfrutamos todos: en este lujo y en esos trajes... (*Se levanta.*)

ASUNCIÓN. — Va a resultar que le hemos arruinado nosotras.

BENIGNO. — Por lo menos habréis contribuído a ello. En esta casa se consume mucho dinero, muchísimo, y aunque Ricardo es rico, por sostenerse en cierta esfera, por vanidad, acaso por no disgustaros a ti y a Inés, que sois aficionadas a este boato, el hombre habrá gastado más de lo que puede y ahora se ve apurado. Es muy frecuente olvidar aquel sabio consejo de que no deben estirarse los pies más que hasta donde llega la sábana, y sospecho que nosotros estamos durmiendo, hace tiempo, con las pantorrillas al aire.

ASUNCIÓN. — ¡Hoy estás muy gracioso! (*Vase indignadísima por la primera izquierda.*)

ESCENA V

DON BENIGNO. Luego RICARDO por el foro izquierda.

BENIGNO. — (*Viéndola marchar.*) ¡Incorregible! (*Al ver salir a RICARDO.*) ¡Ah! ¡Ricardo!

RICARDO. — (*Sale muy preocupado y se sienta junto al buró.*

DON BENIGNO le observa sin acercarse a él) No puede ser, no puede ser.

BENIGNO. — ¡ Ricardito !

RICARDO. — ¿ Eh ? ¡ Ah ! ¡ Es usted !

BENIGNO. — Sí, yo. (*Acercándose a él.*) Yo, que voy a pedirte un favor muy grande.

RICARDO. — Usted dirá.

BENIGNO. — No creas que es dinero.

RICARDO. — ¿ Por qué he de creerlo ? Usted nó lo pide nunca.

BENIGNO. — Ni lo pediré ; puedes estar tranquilo. El favor se reduce a suplicarte que tengas confianza conmigo, que me hables con franqueza.

RICARDO. — ¿ De qué ?

BENIGNO. — De lo que te preocupa hace algún tiempo.

RICARDO. — ¿ A mí ? No...

BENIGNO. — Sí.

RICARDO. — ¿ Por qué supone usted ?...

BENIGNO. — Nó lo supongo, estoy seguro. La causa, acaba de decírmela mi mujer.

RICARDO. — ¡ Mamá Asunción !

BENIGNO. — Mamá Asunción.

RICARDO. — ¿ Y qué le ha dicho a usted ?

BENIGNO. — Que estás algo apurado de intereses...

RICARDO. — Inés se lo ha contado ; no ha sabido callar...

BENIGNO. — Las mujeres no saben eso.

RICARDO. — Ha hecho muy mal enterando a su madre de lo que yo la he confiado reservadamente.

BENIGNO. — ¿ Luego es verdad ?

RICARDO. — Por desgracia.

BENIGNO. — Pues, hijo mío, antes de que el mal sea irremediable, hay que cortarlo de raíz.

RICARDO. — Eso opino yo. He sido débil : he gastado sin tino, por complacer a Inés, por no contrariar a mamá Asunción...

BENIGNO. — Lo que yo he supuesto. Pues aunque las disgus-

tes, tienes que tomar una resolución enérgica y pronta...

RICARDO. — Ya he querido hacerlo; pero Inés, sin oponerse a lo que yo decía, me ha hecho comprender que no está dispuesta a reducir ciertos gastos, los más superfluos y... se ha echado a llorar.

BENIGNO. — Mi hija es muy buena, te quiere mucho, y se convencerá pronto. Aquí la dificultad gorda es mi mujer.

RICARDO. — Pero...

BENIGNO. — Sé lo que vas a decir: que está obligada a respetar lo que tú dispongas; pero, créeme, Ricardo, ella no respeta nada. Sin que tú ni yo podamos evitarlo, te dará el disgusto hache. ¡Me ha dado tantos en este mundo!...

RICARDO. — Bien, pero a mí...

BENIGNO. — Te lo dará también: tú no la conoces. (*Se sienta junto a RICARDO.*) Tiene una tenacidad heroica para lograr lo que se propone. Conmigo se casó porque yo era rico; ni más ni menos. Debo hablarte con toda franqueza. Su afición al lujo la hizo preferirme a otros pretendientes mejores que yo. Tenía muchos porque era muy guapa... ¡y fina como un junco! ¡Parece mentira! ¿verdad? Pues lo era. Y honradísima; pero de esas que creen que con serlo, con no faltar a su marido... en cierto terreno, pueden faltarle en todos los demás.

RICARDO. — Bien, pero...

BENIGNO. — Podría servirte de ejemplo mi lamentable historia, que no te refiero por no ser pesado. Baste decirte, que yo tenía un buen capital, con cuya renta hubiéramos podido vivir muy desahogados, y que el afán de esa mujer por igualarse a los que tenían cien veces más que nosotros, me llevó a la ruina. Quería mucho a Asunción. Y no tuve el valor de oponerme a sus caprichos. Para lograrlos, apelaba ella siempre al mismo recurso. ¿Deseaba palco en el Real, y no era posible?

Ataque de nervios. La veía morir, me asustaba, y ya tenía el abono. ¿Un traje costosísimo, una joya? Convulsión horrible, manotadas y gritos estridentes... Mi casa olía siempre a antiespasmódico. La vanidad, los perifollos, me costaron toda mi fortuna y lo que es peor, ponerme en ridículo algunas veces. ¡No olvidaré nunca cuando se le ocurrió, sólo por la maldita vanidad, la idea de que yo fuera diputado!

RICARDO. — ¡Diputado usted!

BENIGNO. — Sí, hijo, sí. Me buscó el apoyo de un ministro que asistía a nuestras reuniones, y logró que me encasillaran. Empecé a gastar dinero desde el día que presenté mi candidatura; fuí a mi distrito, Villacaliente, un pueblo de la Mancha, donde me recibieron con músicas y cohetes, y vivas y barbaridades, que me costaron miles de pesetas. Me gasté un dineral y salí derrotado. Aquel fué el principio de mi ruina. Después, en vanidades y tonterías, consumí hasta el último céntimo de mi fortuna. ¡Un desastre!

RICARDO. — ¡Pobre don Benigno! (*Se levanta.*)

BENIGNO. — Si, soy digno de lástima. Por eso quiero evitar que lo seas tú. ¿Hay que vivir modestamente? ¿Es preciso reducir los gastos? Pues, pronto, y de una manera radical.

RICARDO. — En esta casa, sólo usted tiene sentido común. (*Abrazándole.*)

BENIGNO. — ¡Es lo único que tengo!

ESCENA VI

DICHOS y JULIETA, que sale por la segunda izquierda.

JULIETA. — ¡Hola, papá; hola, cuñadito! (*Dirigiéndose al balcón.*)

RICARDO. — ¡Hola, Julieta! (*Vase por el foro derecha.*)

JULIETA. — (*Después de mirar a la calle.*) ¡Todavía no está!

BENIGNO. — ¿Qué? ¿Anda por ahí el mequetrefe?

JULIETA. — No sé qué razón tienes para llamarle así, porque es un muchacho, muy distinguido y muy simpático.

BENIGNO. — Para ti, sobre todo.

JULIETA. — Pues te advierto que va a venir esta tarde a hacernos la visita. Sólo espera que yo le haga una seña desde el balcón, para subir cuando no sea inoportuno.

BENIGNO. — Eso es muy discreto.

JULIETA. — Como le presentaron el miércoles último, no quiere que llegue otro, sin haber cumplido ese deber de cortesía.

BENIGNO. — Sí, parece fino. Lo que hace falta es que tenga dinero, porque si no, tu mamá le pondrá la proa. Ya me ha encargado de averiguar de qué vive, si tiene rentas o probabilidades de heredar a alguien; en fin, esas cosas que ella procura saber antes que nada. Excuso decirte que no pienso meterme en semejantes indagaciones.

JULIETA. — Haces bien, papá. ¿Si es bueno y me quiere, qué importa que sea rico o que no lo sea?

BENIGNO. — ¡Ah! Tú has salido a mí. (*Abrazándola.*)

JULIETA. — (*Después de mirar por el balcón.*) Allí viene ya. ¡Ay! ¿Qué le habrá pasado? Cojea mucho.

BENIGNO. — Más vale que sea antes de casarse.

JULIETA. — Tomas a broma las cosas serias.

BENIGNO. — Si no lo hiciera así, me hubiese muerto hace muchos años, hija mía.

JULIETA. — ¡Mamá! ¡Mamá! (*Dirigiéndose a la primera izquierda. Vuelve al balcón, indicando por señas lo que dice.*) Espera, espera un poco. (*Yendo a la puerta por donde sale DOÑA ASUNCIÓN.*) ¡Mamá! ¡Mamá!

ESCENA VII

DICHOS y DOÑA ASUNCIÓN, que sale por la primera izquierda.

ASUNCIÓN. — ¿Qué quieres?

JULIETA. — Ya está ahí. ¿Le digo que suba?

ASUNCIÓN. — ¿A ver? (*Observándola de arriba abajo y haciéndole dar vueltas como a un maniquí.*) ¡Sí, estás bien! (*JULIETA va al balcón y hace la seña.*)

JULIETA. — Vamos a la sala.

ASUNCIÓN. — No, aquí. La sala ya la vió el miércoles; y además, el recibirle en este gabinete le inspirará cierta confianza...

BENIGNO. — (*Preparativos para la caza.*) Yo os dejo: estas visitas me revientan.

ASUNCIÓN. — No te vayas ahora.

BENIGNO. — Pero, mujer.

ASUNCIÓN. — Debes estar aquí. Al fin y al cabo la venida de ese muchacho, puede decirse que tiene un carácter semioficial... Ya sabes lo que pretende... Yo procuraré sondearle y tú observas... Más ven cuatro ojos que dos.

BENIGNO. — (*Me destina al ojeo.* ¡Resignémonos!)

ESCENA VIII

DICHOS. *Un CRIADO por el foro derecha con una tarjeta en bandeja. Después PORTUGALETE.*

CRIADO. — ¿Se puede?

ASUNCIÓN. — Adelante.

CRIADO. — Este señor... (*Dando la tarjeta a DOÑA ASUNCIÓN.*)

ASUNCIÓN. — (*Leyendo.*) «Casimiro Portugalete.» (*Al CRIADO.*) Que pase. (*Vase el CRIADO por el foro derecha.*)

PORTUGALETE. — (*Sale por el foro derecha, haciendo grandes esfuerzos para no cojear, a pesar de lo cual se le nota visiblemente.*) Señora... Señor de Rodríguez... Julieta...

JULIETA. — (*Rápido y aparte.*) (¿Qué tienes?)

PORTUGALETE. — (*Idem.*) (Botas nuevas.)

JULIETA. — (*Tranquilizándose y sonriendo.*) (¡Ah!) (*Se sientan todos a los lados de la chimenea, después de los cumplimientos de ordenanza en una visita. Mientras dura ésta, PORTUGALETE indica de vez en cuando el dolor que le produce la estrechez del calzado. Está inquieto y sofocadísimo.*)

PORTUGALETE. — ¿Inés y el señor de Guzmán?

ASUNCIÓN. — Bien, muchas gracias.

BENIGNO. — ¿Y usted?

PORTUGALETE. — Bien, muchas gracias. (*Pausa.*) Anoche no estuvieron ustedes en el Real.

JULIETA. — Mamá tuvo jaqueca.

ASUNCIÓN. — Y lo sentí mucho, porque hacían *Lohengrin*, que me encanta.

PORTUGALETE. — ¿Es usted partidaria de Wagner?

ASUNCIÓN. — ¡Sus óperas son mi delicia! *La Sonámbula* sobre todo... aquel *rondó*.

JULIETA. — Estás confundida, mamá: *La sonámbula* es de Bellini...

ASUNCIÓN. — Ya lo sé; pero también me gusta...

PORTUGALETE. — Esta señora ha querido decir que no es exclusivista, sino ecléctica.

ASUNCIÓN. — Justo; muy ecle... eso.

PORTUGALETE. — Ya nos quedan pocas funciones.

ASUNCIÓN. — Desgraciadamente. ¿A qué turno está usted abonado?

PORTUGALETE. — A... ninguno... pero voy con frecuencia.

BENIGNO. — (¡La mató!) (*Pausa.*)

JULIETA. — Ayer le vimos a usted en Recoletos... Usted no nos vió...

PORTUGALETE. — No tuve ese gusto...

JULIETA. — Volvíamos muy de prisa en el coche, porque era ya tarde... Iba usted acompañando a las de Goyeneche.

PORTUGALETE. — No; iría casualmente a su lado... No trato a esa familia. A la madre y a las dos niñas las veo en San Sebastián...

ASUNCIÓN. — ¡ Veranea !

PORTUGALETE. — En la misa de doce.

ASUNCIÓN. — ¡ Ah ! Ya...

JULIETA. — ¡ Pues dicen que sus jueves están muy animados !...

PORTUGALETE. — No sé; yo no voy a reuniones... les tengo poca afición. Unicamente me agradan cuando son como los miércoles de ustedes.

ASUNCIÓN. — Gracias.

PORTUGALETE. — El último, que es el único a que he tenido el honor de asistir, estuvo muy animado, muy brillante...

ASUNCIÓN. — Sí; nos favorecen muchos amigos... pero pronto habrá que suspender esas reuniones.

PORTUGALETE. — ¿ Pues... ?

ASUNCIÓN. — Émpieza el calor y ya no tienen atractivo. Además, nosotros, la primavera este año la pasaremos probablemente en el campo...

BENIGNO. — (En el Campo del Moro.)

ASUNCIÓN. — Luego nos iremos a tomar las aguas de costumbre; éste su Alzola, yo mi Zaldivar, mis hijos su Cestona, y luego a dar una vueltecita por Biarritz y Pau para caer después en San Sebastián.

BENIGNO. — Si, allí caeremos.

ASUNCIÓN. — Y usted, ¿ adónde va ?

PORTUGALETE. — No lo sé; dependerá del estado de salud de mi tía...

ASUNCIÓN. — ¡ Ah ! ¿ Tiene usted una tía ?

PORTUGALETE. — Sí, señora ; mi segunda madre, con la que vivo. Es ya vieja y está muy delicada...

ASUNCIÓN. — ¡ Qué lástima ! ¿ Y cuánto tiene?... (*Como rectificando una equivocación.*) ¿ Qué es lo que tiene?... Es decir, ¿ qué padece ?

PORTUGALETE. — Ataques de gota.

ASUNCIÓN. — Mala enfermedad ; pero, según dicen, sólo es mal de ricos...

PORTUGALETE. — Pues ella, la pobre, es una excepción de la regla, porque no tiene un céntimo.

BENIGNO. — (Adiós ilusiones.) (*Pausa.*)

ESCENA IX

DICHOS e INÉS con sombrero y poniéndose los guantes, por la primera izquierda.

INÉS. — Mamá, cuando quieras... ¡ Ah !... (*Deteniéndose al ver a PORTUGALETE que se levanta y al dirigirse a ella demuestra el daño que le hacen las botas.*)

PORTUGALETE. — Señora...

INÉS. — ¡ Ah ! No sabía...

PORTUGALETE. — ¿ Cómo está usted ?

INÉS. — Bien, muchas gracias.

PORTUGALETE. — Por lo que veo iban ustedes a salir... no quiero entretenerlas y me retiro...

INÉS. — De ninguna manera. Siéntese usted. No tenemos prisa...

JULIETA. — (Siéntate, hombre.)

PORTUGALETE. — En ese caso... (¡ Ay !) (*Se sienta dando la derecha a INÉS. Pausa.*) ¿ Iban ustedes de paseo ?

INÉS. — No, a tiendas.

PORTUGALETE. — ¡ Ya ! Preparativos para el viaje de prima-

véra... Me ha dicho su mamá que van ustedes al campo.
INÉS. — Sí; yo en el campo disfruto mucho. Por mi gusto pasaría todo el verano en la montaña.

PORTUGALETE. — Sin embargo, las cuestas... hay tan mal piso.

INÉS. — Me encanta subir por lo más pedregoso, a las cimas a dominar los valles, a respirar aquel aire tan puro...

ASUNCIÓN. — Desengáñate, hija mía; para verano nada hay mejor que la vida de playa.

PORTUGALETE. — Sí, allí se está muy cómodo, con unos zapatos de lona... (*Pausa corta, después de la cual se levanta.*) No quiero entretenerles más... Con su permiso... Señora... Inés... dé usted mis recuerdos al señor de Guzmán.

INÉS. — Gracias.

PORTUGALETE. — Julieta...

JULIETA. — (*Espéranos en la calle y nos acompañas.*)

PORTUGALETE. — ¡Imposible!...) ¡No puedo dar un paso! Señor de Rodríguez...

BENIGNO. — Adiós.

PORTUGALETE. — No se moleste usted...

BENIGNO. — No es molestia...

PORTUGALETE. — (*Desde la puerta.*) Señoras... (*Al volverse tropieza con don BENIGNO.*) Pase usted. (*DON BENIGNO al invitarle a pasar delante, lo pisa.*) ¡Ay!

ASUNCIÓN, INÉS Y JULIETA. — ¿Eh?

BENIGNO. — ¿Le he pisado? Usted dispense...

PORTUGALETE. — No ha sido nada... (*¡La vía láctea!*) (*Vase seguido de DON BENIGNO por el foro derecha.*)

ESCENA X

DICHOS menos DON BENIGNO y PORTUGALETE.

JULIETA. — ¿Eh? ¿Qué te ha parecido, mamá? ¿Verdad que es muy simpático, Inés?

INÉS. — Sí...

ASUNCIÓN. — No me parece mal; pero antes de que se formalicen vuestras relaciones, es necesario, ya se lo he dicho a tu padre, conocer su posición, sus medios de vida...

JULIETA. — Está empleado en una empresa particular...

ASUNCIÓN. — ¡Figúrate! Por mucho sueldo que tenga... Tú debes aspirar a otra cosa.

JULIETA. — ¿Yo? ¿Por qué?

ASUNCIÓN. — Porque quiero yo que aspire.

JULIETA. — Bueno: aspiraré.

ASUNCIÓN. — Vamos a ponernos los sombreros.

JULIETA. — Vamos. (*Vanse DOÑA ASUNCIÓN y JULIETA por la primera izquierda.*)

ESCENA XI

INÉS. *Luego DON BENIGNO y el CRIADO por el foro derecha.*

INÉS. — ¿Habrá salido Ricardo? Desde que me ha dicho eso, me tiene tan inquieta...

BENIGNO. — (*Riendo.*) ¡Pobre muchacho! Por el ventanillo he visto que se sentaba en la escalera para quitarse una bota... Lo malo será que no pueda ponérsela y os lo encontréis allí cuando salgáis... o tenga que bajar a la pata coja.

CRIADO. — ¿Se puede? (*Saliendo con una factura en una bandeja.*)

INÉS. — Adelante.

CRIADO. — Cuando estaban ustedes con la visita, trajeron esta cuenta, y han quedado en volver.

INÉS. — Está bien... Avise usted cuando vuelvan. (*Vase el criado por el foro derecha.*)

BENIGNO. — ¿Qué es?

INÉS. — (*Mirándola.*) De la modista de sombreros. Désela usted a Ricardo.

BENIGNO. — ¿Yo? ¡Bueno está el hombre para que se le vaya con cuentecitas!...

INÉS. — Pues no sé quién tendrá que pagarla.

BENIGNO. — Ahí le tienes; dásela tú. (*Al ver que sale RICARDO por el foro derecha.*)

ESCENA XII

DICHOS y RICARDO.

INÉS. — ¡Ya lo creo!... Toma, esta cuenta que acaban de traer. Vendrán después a cobrarla... Tiene el recibí puesto.

RICARDO. — (*Leyéndola.*) «Madame Marie Blanchart, chapelière: Paris. Faubourg Montmartre: Madrid, Peligros, treinta. Un sombrero Princesa de Lamballe, Amazona blanca, alta novedad, modelo, doscientas cincuenta pesetas. (*Mira a INÉS, como consultándola si está bien la cantidad, y ella aprueba con un movimiento de cabeza.*) Otro ídem con paloma torcaz, modelo, ciento-cinuenta. (*El mismo juego.*) Otro ídem con helechos y periquito verde, ciento veinticinco.»

BENIGNO. — (*En voz muy baja a RICARDO.*) (Ese es de mi señora, que está fusilable con él.)

RICARDO. — «Otro ídem, flores azules y jilguero volando, ciento. Otro ídem, yedra y nido con golondrinas, ciento. Otro ídem, frutas y un mirlo, setenta y cinco.»

BENIGNO. — ¡Golondrinas! ¡Mirlos! ¡Así tiene la cabeza a pájaros!

RICARDO. — Total: Ochocientas pesetas. ¿Ochocientas, oyes? (*A INÉS.*)

INÉS. — ¡Puede que te parezca mucho!

RICARDO. — ¡Muchísimo!

INÉS. — ¡ Seis sombreros ! Dos para cada una. Son los que hemos llevado todo el invierno... La modista no ha enviado la cuenta hasta ahora...

RICARDO. — ¡ Claro ! Hasta que se acerca el día de encargar otros seis para la primavera, y otros seis u ocho para el verano...

INÉS. — ¡ No vamos a ir con la cabeza al aire !...

RICARDO. — (*Con amargura.*) Falta os hacía, para refrescaros un poco y recobrar el juicio.

INÉS. — ¿ Qué dices ?

RICARDO. — Esto es insostenible, Inés. Ya te lo confesé con toda franqueza. Yo no puedo soportar estos gastos sin arruinarme.

INÉS. — ¿ Y qué quieres que yo haga ?

RICARDO. — Renunciar tú y todos a lo que yo no puedo sostener.

BENIGNO. — Sí, hija mía, sí ; no es posible...

INÉS. — ¡ Tú también, papá ! (*Con indignación.*)

BENIGNO. — Yo también.

ESCENA XIII

DICHOS y DOÑA ASUNCIÓN y JULIETA *por la primera izquierda, con sombrero.*

JULIETA. — Ea, ya estamos listas.

ASUNCIÓN. — Anda, que es muy tarde.

INÉS. — Yo no salgo.

ASUNCIÓN. — ¿ Qué pasa ?

INÉS. — ¿ A qué vamos a ir a tiendas si no podemos comprar nada ? (*Echándose a llorar ruidosamente.*)

ASUNCIÓN. — ¿ Qué estás diciendo ?

RICARDO. — La verdad ; que no es posible seguir tirando el dinero como hasta aquí.

ASUNCIÓN. — ¿Eh?

RICARDO. — (*Con energía.*) Que estoy resuelto a cortar por lo sano. Que en esta casa hay un verdadero derroche.

BENIGNO. — (*A RICARDO.*) ¡Así, así!

ASUNCIÓN. — ¿Qué dice este hombre?

RICARDO. — Digo... Lo que he debido decir hace mucho tiempo; lo que han debido ustedes comprender sin que yo lo dijera.

JULIETA. — (*Cariñosa.*) Ricardo...

ASUNCIÓN. — Benigno, ¿qué dices a esto?

BENIGNO. — ¿Yo? Nada.

ASUNCIÓN. — Pues si mi marido no tiene valor para cantarle a usted las verdades, lo haré yo. Usted, por lo visto, se ha propuesto escatimar en su casa hasta lo más preciso, para gastarlo fuera, ¡sabe Dios con quién!

RICARDO. — Señora...

INÉS. — ¡Mamá, por Dios! (*Levantándose.*)

ASUNCIÓN. — ¡Qué va a ser de ti!

RICARDO. — ¡Señora, no me obligue usted a que haga un desatino!...

JULIETA. — Ricardo...

RICARDO. — ¡No quiero acabar de arruinarme!

ASUNCIÓN. — ¡Grite usted más, para que se enteren hasta los criados! ¡Qué vergüenza!

RICARDO. — (*A DON BENIGNO.*) ¡Dígala usted que se calle!

BENIGNO. — Es inútil.

INÉS. — Vamos, vamos allá dentro.

ASUNCIÓN. — Sí, a meternos en un rincón, que es, por lo visto, lo que desea tu marido.

RICARDO. — Lo que yo deseo es poner coto a este despilfarro.

INÉS. — (*Llorando.*) ¡Qué desgraciada soy!

JULIETA. — ¡Ay, Dios mío!

ASUNCIÓN. — ¡No lloréis, hijas mías! Aun vive vuestra ma-

dre para obligar a este caballero a cumplir sus deberes.

RICARDO. — ¡Usted tiene la culpa de todo! ¡Usted! ¡Usted, nadie más que usted! (*Fuera de sí.*)

ASUNCIÓN. — Este hombre ha perdido el juicio. Venid, venid.

JULIETA. — ¡Hoy que estaba yo tan contenta! (*Se van DOÑA ASUNCIÓN, INÉS y JULIETA por la primera izquierda.*)

ESCENA XIV

RICARDO y BENIGNO.

BENIGNO. — (*Asombrado.*) ¡Has conseguido asustarla! Lo que yo no he logrado en toda mi vida. Venga esa mano. La energía te salvará. ¡Recuerda mi historia! El ser débil, fué mi perdición. Para salvarte, apela a todos los medios, por fuertes que sean. ¡No olvides mi consejo! (*Vase por el foro izquierda.*)

ESCENA XV

RICARDO, solo.

RICARDO. — Tiene razón: es necesario dar el golpe decisivo. (*Después de vacilar un instante abre un cajón del buró y saca de él un revólver.*) A grandes males, grandes remedios. A mí no me arruinan como a ese desdichado. Por él, solamente por él, siento el susto que voy a darles... (*Sacando del revólver las cápsulas, que va colocando sobre el buró.*) Va a ser tremendo; pero lo merecen... Está visto que la verdad no basta para convencerlas... (*Contando las cápsulas que guarda en el bolsillo.*) Una, dos, tres, cuatro y cinco. (*Examinando el revólver.*) Sí; sólo queda una cápsula. Disparada ésta ya

no hay ningún peligro... (*Mira por todas las puertas, las cierra, y desde el centro de la escena, dispara hacia el foro, sentándose rápidamente en la silla más próxima y apoyando en la sien derecha el revólver.*)

ESCENA XVI

DICHOS, DON BENIGNO *que sale por el foro izquierda. Por la primera izquierda, INÉS, JULIETA y DOÑA ASUNCIÓN. Por el foro derecha, los últimos, el CRIADO y la DONCELLA. Todos apresurados y asustadísimos.*

BENIGNO. — ¡Ricardo! ¿Qué es esto? (*Corre hacia él y forcejea para quitarle el arma.*) ¡Suelta! ¡Suelta!

RICARDO. — ¡Déjeme usted!

ASUNCIÓN. — ¿Qué pasa?

INÉS. — ¿Qué sucede?

JULIETA. — ¿Qué es esto?

CRIADO. — Por aquí ha sonado...

DONCELLA. — Ha sido aquí.

BENIGNO. — No es nada. Estábamos viendo este revólver y se ha disparado casualmente. Retírense ustedes.

ASUNCIÓN. — (*Indignadísima.*) Retírense ustedes. (*Vanse los CRIADOS cuchicheando por el foro derecha.*)

INÉS. — (*Abrazándose a él.*) ¿Ricardo, qué ibas a hacer?

BENIGNO. — Si no llego a tiempo... (*Indicando la acción de pegarse un tiro.*)

ASUNCIÓN. — ¡Jesús!

RICARDO. — No quería decíroslo: estoy arruinado; ¿para qué quiero vivir?

INÉS. — ¡Para que yo viva; para mí, que te quiero con toda mi alma! Y ahora más que nunca.

RICARDO. — ¡Cuánto me consuela el oírte! (*Abrazándola.*)

ASUNCIÓN. — ¡Arruinado! ¿Oyes? (*A DON BENIGNO, que tiene el revólver.*) ¡Ay! ¡No apuntes hacia aquí!

BENIGNO. — Si no sé lo que hago...

INÉS. — Ricardo, Ricardo mío.

RICARDO. — ¡Inés de mi alma!

JULIETA. — ¡Ricardito! (*Llorando y abrazándole también.*)

ASUNCIÓN. — ¡Mirad! ¡Qué horror! ¡La bala ha agujereado mi retrato! (*Se vuelven todos a mirar el retrato. INÉS y JULIETA se separan entonces de RICARDO, que queda junto a DON BENIGNO, para que éste le diga aparte, y señalando al techo con el índice, la última palabra. Las tres mujeres, cuando baja el telón, aterradas todavía, contemplan el retrato.*)

BENIGNO. — ¡Providencial! ¡Providencial!

Fin del acto primero

ACTO SEGUNDO

Sala en la planta baja de una casa de pueblo modestísima. Los muebles necesarios. Seis sillas de paja y un banco de madera. Al foro, puerta y ventana grandes, por las que se ve el campo. Puertas laterales. Algunos detalles que sean propios de la casa de un labrador.

ESCENA PRIMERA

DOÑA ASUNCIÓN y DON BENIGNO. *Ella, barriendo la habitación hacia la calle. El, en mangas de camisa, sentado en una silla, lee un periódico.*

ASUNCIÓN. — ¡Qué polvo tan insoportable! No basta barrer veinte veces al día. ¡Dichoso pueblo! ¡No lo hay más sucio en toda España! (*Mientras DON BENIGNO lee en voz alta, DOÑA ASUNCIÓN acaba de barrer; y deja la escoba en el ángulo de la izquierda.*)

BENIGNO. — «La semana grande en San Sebastián promete ser más brillante que nunca. Los trenes llegan atestados de viajeros distinguidísimos. En el concierto del Casino se encontraban anoche las familias más aristocráticas; todo el Madrid elegante parecía haberse dado cita en la gran terraza. Allí vimos a las Marquesas de Valleflorido, Villafranca, Romerales, Campo Redondo, Medina de los Olivares. A las Condesas de Puerto Cerrado, Marinal de la Roca, Vega de Salillas y Mondéjar de las

Cabras. Baronesa del Guadalquivir. Duquesa de San Dimas. Señoras y señoritas de Gutiérrez, Oliva, Arizmendi, González de la Bellota, Gómez.»

ASUNCIÓN. — (*Levantándose.*) ¡Basta! ¡Basta! Parece mentira que tengas valor para leer con calma todo eso. (*Quitándole el periódico, que tira al suelo y DON BENIGNO recoge pacientemente.*)

BENIGNO. — Pues otros años, bien te gustaba oírlo en el boulevard, cuando yo te lo leía.

ASUNCIÓN. — Porque otros años estábamos entre ésas, y nos citaban como a ésas, y veraneábamos como ésas. Ahora... ¡Ay! (*Suspirando ruidosamente.*)

BENIGNO. — ¿Volvemos a las lamentaciones?

ASUNCIÓN. — ¿Piensas, acaso, que puedo resignarme?

BENIGNO. — A la fuerza ahorcan.

ASUNCIÓN. — Pero al ahorcado le queda el derecho del pataleo.

BENIGNO. — Bueno; patalea hasta que te canses.

ASUNCIÓN. — ¿A quién se le ocurre la idea de meternos en este pueblucho?

BENIGNO. — A ti se te ocurrió.

ASUNCIÓN. — Lo que yo dije es que podíamos venir seis u ocho días a casa de la nodriza de Julieta, que tantas veces nos había invitado, sin que aceptáramos, para pensar lo que se decidía, para no dar en Madrid un cuarto al pregonero, y no enterar a todo el mundo de nuestra ruina. Pero quedarnos aquí todo el verano...

BENIGNO. — Y todo el invierno...

ASUNCIÓN. — ¡No me lo digas!

BENIGNO. — Está bien; no te lo diré; pero debes ir acostumbrándote a ello. Ricardo, ya lo sabes, se ha reservado, de lo que le queda de capital, únicamente lo preciso para

vivir en un pueblo como éste: lo demás, como hombre honrado, lo destina a pagar a sus acreedores...

ASUNCIÓN. — ¿Y cuánto tiempo tardará en pagarles?

BENIGNO. — Calcula que unos seis años.

ASUNCIÓN. — ¡Qué horror, metidos aquí!

BENIGNO. — Y muy agradecidos, ¡porque si no!... ¿Qué sería de nosotros?...

ASUNCIÓN. — (*Llorando.*) ¡Yo prefiero morirme!

BENIGNO. — No te mueres, no. A todo se acostumbra uno. Sólo hace tres meses que vivimos aquí, pero cuando llevemos dos o tres años...

ASUNCIÓN. — ¡Me habré muerto dos o tres veces!

BENIGNO. — Eso no es posible.

ASUNCIÓN. — ¡Te digo que sí!

BENIGNO. — Bueno; muérete todas las veces que quieras.

ASUNCIÓN. — ¡Ay, Dios mío!

BENIGNO. — Además; quién sabe si Ricardo logrará lo que se propone. El no descansa un momento, estudia sin cesar, y si consigue una de esas plazas que van a salir a oposición, acaso nos lleve con él, o por lo menos nos dará algo para que podamos comer siquiera...

ASUNCIÓN. — Pero si logra esa plaza, ¿qué sueldo tendrá?

BENIGNO. — Tres mil pesetas.

ASUNCIÓN. — ¿Mensuales?

BENIGNO. — Al año.

ASUNCIÓN. — Lo que antes gastábamos en un par de vestidos.

BENIGNO. — Por eso ahora andamos medio desnudos.

ASUNCIÓN. — Y yo que pensaba este año llamar la atención con mis trajes.

BENIGNO. — Si es sólo llamar la atención lo que deseas, lo consigues con pasearte en enaguas por el pueblo...

ASUNCIÓN. — ¡Te complaces en mortificarme!

ESCENA II

DICHOS y TELESFORA *con muchos paquetes voluminosos y una cincha colgada del brazo.*

TELESFORA. — ¡A la paz de Dios! (*Desde la ventana.*)

BENIGNO. — Hola, Telesfora.

TELESFORA. — ¡Ya me tienen ustedes de güelta! (*Entrando por la puerta del foro.*)

BENIGNO. — Güeno, mujer, güeno. (Así, con ge, para que lo entienda.)

TELESFORA. — Qué calorcito, ¿eh? Hoy aprieta de firme. Pero aquí no es na: hay que venir de Madriz pa saber lo que es güeno. (*Deja sobre el banco todos los envoltorios.*)

BENIGNO. — Güeno, mujer, güeno. ¿Y qué tal te ha ido por allí?

TELESFORA. — Bien; pero yo no sé cómo aguantan aquellos calor. ¡Aquel Madriz es un infierno!

ASUNCIÓN. — ¡Y esto es la gloria!

TELESFORA. — Bien pué usté decirlo.

BENIGNO. — Sin embargo, a ti bien te gusta ir a la Corte cuando en cuando.

TELESFORA. — Solamente por ver las tiendas. Eso sí; no hay cosa igual en el mundo. Yo me quedo embobá mirando aquellos escaparates. ¡Qué cosas más preciosas! Si yo tuviera posibles, me traería to lo que veo. Va una con intinción de comprar sólo cualquier cosilla y se deja una allí hasta la faltriquera.

BENIGNO. — És verdad; hay quien se la deja también.

TELESFORA. — Miusté, yo iba na más que por una cincha pa la caballería, y un pañuelo de seda que me encargó mi cuñá, como decimos aquí, pues... yo no sé las cosas que traigo. Una gorra pa mi sobrino, unos pantalones

pa Tanasio, un refajo pa el ama del señor Cura, un pañuelo de seda pa la sacristana, y qué sé yo cuántas cosas más... Pa mí sólo he compraó unos... Ya verán us-tés... No les digo lo que es pa sorprenderles; pero no quió ponérmelos hasta que me lave bien las orejas...

BENIGNO. — (A DOÑA ASUNCIÓN.) ¿Qué será? ¿Tú adivi-nas?...

ASUNCIÓN. — ¡Déjame en paz!

TELESFORA. — Y pa ustés también he compraó algo.

BENIGNO. — ¿Para nosotros?

TELESFORA. — Sí, señor. Me daba no sé qué verlo a usted durmiendo sobre un colchón en el suelo, mientras la señora estaba tan descansá en la cama grande... Con esa costumbre que tién ustés los de Madriz de dormir separaos marío y mujer...

BENIGNO. — Es más cómodo.

TELESFORA. — Si tié usted el sueño ligero, hace usted bien; porque doña Asunción en cuanto se acuesta, da cada ronquío que atrona...

ASUNCIÓN. — ¡Animal!

TELESFORA. — Además, si tié mal dormir, como mi Tanasio, que es de los que se atraviesan y tengo que estar toda la noche dándole patás pa que se despierte...

ASUNCIÓN. — (Ya veo a Atanasio en calzoncillos y atravesao.)

TELESFORA. — Y la señora debe ser de las que se atraviesan, porque siempre ha sido muy comodona.

BENIGNO. — ¡Ya lo creo que se atraviesa!

TELESFORA. — Por eso dije, digo: pues voy a llevar un catre de tijera pa don Benino.

BENIGNO. — Gracias, Telesfora. (Abrazándola.)

TELESFORA. — Y me fuí esta mañana al Rastro y compré uno en mu güen uso...

ASUNCIÓN. — ¡ Un catre del Rastro !

BENIGNO. — ¡ Dormiré acompañado !

TELESFORA. — Y Tanasio, ¿ por dónde anda ?

BENIGNO. — Se fué a las eras, a trillar con las señoritas.

ASUNCIÓN. — Han tenido ese capricho...

TELESFORA. — Hacen bien ; eso es lo que necesitan : respirar aire libre y revolcarse en los praos y andar con la ropa suelta y no metías en los corsés, que de eso están toas las de Madriz de mal color y encanijás...

ASUNCIÓN. — Pues yo... me parece...

TELESFORA. — Es verdad : usté tié güenas carnes y güen color : paece usté de pueblo, enteramente. (*Dándola un azote muy fuerte.*)

ASUNCIÓN. — ¡ Ay !

TELESFORA. — Vaya, diquiá luego. Cuando venga Tanasio, díganle ustés que estoy en la cuadra probando la cincha a la caballería y que le tengo que probar a él los pantalones...

BENIGNO. — Adiós, Telesfora...

TELESFORA. — (*Recogiendo los paquetes.*) ¡ Eche usté en cargo ! Cuando vuelvo de Madriz necesito toó el tren pa mí sola... (*Vase por la segunda derecha.*)

ESCENA III

DICHOS *menos* TELESFORA. Luego INÉS, JULIETA y ATANASIO, que salen por el foro.

ASUNCIÓN. — ¡ Qué castigo de pueblo ! ¡ Qué gente tan zafia !

BENIGNO. — A mí me divierte.

ASUNCIÓN. — A ti te divierte todo lo que a mí me desespera

BENIGNO. — Con lo cual, por lo menos, consigo no desesperarme como tú. Eso voy ganando. Ya están ahí las chicas.

INÉS. — (*Dentro ríen a carcajadas. ATANASIO también. Este viene en mangas de camisa y trayendo al hombro un apero de labranza, que deja en un rincón. INÉS y JULIETA visten trajes muy sencillos y claros y sombreros de paja adornados con espigas y amapolas.*) ¡Ja, ja, ja!

ATANASIO. — ¡Ja, ja, ja!

JULIETA. — Me parece que la cosa no es para que os haga tanta gracia. (*INÉS y ATANASIO siguen riendo.*)

BENIGNO. — ¿Qué os pasa que venís tan alegres?

ASUNCIÓN. — ¡Alguna barbaridad de ese zángano!...

ATANASIO. — Por esta vez se ha equivocado usted, porque no es cosa mía, sino de la señorita.

INÉS. — Pocas veces me he reído con tanta gana.

BENIGNO. — ¿Qué es ello?

ATANASIO. — Pues na: que la señorita Julieta, como parece que tiene el demonio en el cuerpo, al ver un borriquillo que estaba paciendo junto a las eras, se le ocurrió montarlo. El animal, sale dando saltos; la señorita, asustá, se agarra al piscuezo, nosotros corremos pa sujetarlo y antes de que llegáramos, ¡cataplum!, allá va la señorita por las orejas.

ASUNCIÓN. — ¡Qué barbaridad! ¿Te has hecho daño?

JULIETA. — Caí sobre un montón de paja.

ATANASIO. — ¡Pero cómo cayó!... ¡Ja, ja! (*Riendo.*) Si no cierro los ojos, ¡vaya si la veo las medias calás que lleva!

JULIETA. — ¿Y cómo sabes tú que son caladas?...

ATANASIO. — Porque no tuve tiempo de golver la cabeza...
(*JULIETA e INÉS ríen a carcajadas.*)

ASUNCIÓN. — Ya sabéis que no me gustan esos juegos estúpidos. No comprendo cómo os divierten esas cosas.

INÉS. — Pues yo te aseguro que he pasado la tarde muy entretenida

ATANASIO. — ¡ Y poco que han gozado ellas amontás en el trillo !... ¿ Verdad, señoritas ?

JULIETA. — ¡ Sí que es verdad !

ATANASIO. — ¡ En Madriz no saben ustés na de estas cosas !
Paece mentira que siendo de la Corte, en su vida hubieran visto trillar...

ASUNCIÓN. — Allí nos lo dan todo trillado...

ATANASIO. — Pues ya verán ustés en cuanto llegue la época de la vendimia... ¡ La gran diversión ! Toas las tardes a las viñas a comer uvas hasta hartarse. Aquí dos racimos de albillo ; allí tres racimos de moscatel ; allá cuatro racimos de garnacha ; más allá cinco racimos de verdejas... y después...

ASUNCIÓN. — Un cólico cerrado.

ATANASIO. — ¡ Anda cólico ! Soy yo capaz de comerme dos arrobas de una sentá.

ASUNCIÓN. — Lo creo.

INÉS. — Para el domingo tenemos preparada la gran excursión.

BENIGNO. — ¿ Adónde ?

ATANASIO. — A la ermita de San Roque.

BENIGNO. — ¿ Esa que está pasado el río, en lo alto del cerro ?

ATANASIO. — La mesma.

INÉS. — Dicen que se divisa desde allí un panorama encantador. ¿ Verdad, Atanasio ?

ATANASIO. — Eso del pamorama yo no lo he visto nunca. Lo que se ve desde allí, es una de viñedos, que da gloria. Leguas y leguas y si no fuera por el Monte de los Cuatro Picos, dicen que se vería hasta Madriz...

JULIETA. — (A DOÑA ASUNCIÓN.) ¿A esa excursión sí nos acompañarás?

ASUNCIÓN. — No contéis conmigo para nada.

ATANASIO. — La señora está mu gorda pa subir a esos sitios. Y que allí hay que ir a pata, porque no hay camino pa las caballerías...

JULIETA. — Entonces tú no podrás acompañarnos...

ASUNCIÓN. — ¡ Naturalmente !

ATANASIO. — (Riéndose.) ¡ Ja, ja ! (A DOÑA ASUNCIÓN.) ¿ Si creerá usté que no comprendo la intinción conque ha dicho eso la señorita?... Pero por mí pué decir lo que quiera, porque lo dice too con gracia... ¡ Ja, ja !

JULIETA. — Muchas gracias.

INÉS. — Eso es por el cariño que la tienes.

ATANASIO. — Eso será. No me olvido yo nunca de que mi mujer la ha criado a sus pechos. Me parece todavía estarla viendo tan chiquitina y tan regordetilla en brazos de Telesfora, que llevaba aquel traje de pasiega, con aquel vestido tan majo y aquellos collares y aquel pañuelo en la caeza con las puntas pa arriba, que parecía mesmamente el gorro del señor obispo. ¡ Qué diferente está ahora !

JULIETA. — ¿ Quién ? ¿ Telesfora o yo ?

ATANASIO. — Las dos : sino que tú te has hecho una güena moza, y ella ha dejao de serlo...

BENIGNO. — ¡ Si te oyese !...

ASUNCIÓN. — Pues ya ha vuelto de Madrid ; allá dentro la tienes.

BENIGNO. — Y dijo que te esperaba en la cuadra ; conque puedes ir cuando quieras.

ASUNCIÓN. — Sí, anda, anda ; vete a la cuadra.

ATANASIO. — También lo he entendió; pero usted no lo dice con la gracia que la señorita. Aquí semos así; lo decimos tóo muy claro. ¡Ja, ja! (*Vase riendo por la segunda derecha.*)

ESCENA IV

DICHOS *menos* ATANASIO.

ASUNCIÓN. — ¡Vamos, que no puedo con esta gente!

JULIETA. — Pues no creas que Atanasio es tan bruto como parece, que tiene una gramática parda...

INÉS. — Y a veces dice cosas que revelan muy buen sentido.

BENIGNO. — Ya lo creo... Algunas le he oído yo.

ASUNCIÓN. — Acabaráis por encontrar ingeniosos y distinguidísimos a estos mastuerzos.

INÉS. — Voy a ver a Ricardo. ¿Está en su habitación?

BENIGNO. — Sí; pero ha encargado que no entre nadie a distraerle. Allí lo tienes desde que acabó de comer, entre un montón de libros estudia que te estudia.

ASUNCIÓN. — ¡Va a salir hecho un sabio! Si antes, con tanto estudiar, no se vuelve loco.

INÉS. — ¡Pobrecillo! ¿Y por quién se toma ese trabajo?...

Para él, desde que estamos aquí no existen distracciones.

ASUNCIÓN. — ¡Ni para nosotras tampoco!

INÉS. — Para tí, no, porque no quieres disfrutar de las que ofrece el campo; para nosotras sí, ¡Que te diga Julieta si no se nos ha pasado la tarde en un vuelo.

JULIETA. — ¡Es verdad!

INÉS. — Estos goces que no conocíamos, producen un sosiego, un bienestar tan grande, que no encuentro con qué compararlo. En medio de las eras, llevada por el

trillo que desgranaba las espigas, rodeada por montones de grano, viendo allá a lo lejos aventar el trigo que caía sobre la tierra y volar las pajas ligeras como espuma, me parecía estar embarcada navegando sobre un mar de oro...

JULIETA. — Exacto. Un espectáculo precioso, mamá, precioso. Yo algunas veces cerraba los ojos...

ASUNCIÓN. — Para no verlo.

JULIETA. — No, para figurarme lo que dice Inés; que me deslizaba sobre el mar...

ASUNCIÓN. — ¡Ay, que más quisieras!

INÉS. — El campo tiene mucha poesía...

ASUNCIÓN. — Era lo único que nos faltaba; que os volvierais románticas y rústicas. ¡Dichoso pueblo!

BENIGNO. — (Hay que callarse. Hoy está muy nerviosa.)

TELESFORA. — (*Dentro.*) ¡Ay! ¡Socorro!

ATANASIO. — (*Idem.*) ¡Bribona!

TELESFORA. — ¡Auxilio! (*Al mismo tiempo que las voces se oye el ruido de una paliza.*)

BENIGNO. — (*Corriendo hacia la puerta segunda derecha.*)
¿Qué pasa?

ASUNCIÓN. — (*Idem.*) ¿Qué es eso?

ESCENA V

DICHOS: TELESFORA, seguida de ATANASIO, que viene apaleándola con una vara de fresno. Después RICARDO.

TELESFORA. — (*Saliendo por la segunda derecha.*) ¡Que me mata! (*Se refugia detrás de DOÑA ASUNCIÓN. INÉS y JULIETA, asustadas, se repliegan hacia el foro. DON BENIGNO detiene a ATANASIO.*)

ATANASIO. — ¡ Suélteme usted que voy a deslomarla ! (*Dando palos en el suelo.*)

BENIGNO — ¡ Atanasio !

TELESFORA. — ¡ Ay Dios mío de mi alma ! (*Llorando a gritos.*)

RICARDO. — (*Saliendo por la segunda izquierda.*) ¡ Qué gritos son éstos ! ¿ Qué ha ocurrido ?

TELESFORA. — (*Yendo hacia RICARDO.*) ¡ Ay, señorito !

ATANASIO. — ¡ Que la voy a matar !

ASUNCIÓN. — ¡ No seas bruto !

ATANASIO. — Suélteme usted ! (*Se desprende de DON BENIGNO y al ir a pegar a TELESFORA da un palo muy fuerte en las faldas de DOÑA ASUNCIÓN, detrás de la cual ha vuelto a refugiarse TELESFORA.*)

ASUNCIÓN. — ¡ Ay !

RICARDO. — ¡ Está usted loco ! ¡ Venga esa vara !

ATANASIO. — (*A DOÑA ASUNCIÓN.*) Dispense usted, señora, no he querido pegarla a usted.

ASUNCIÓN. — ¡ Ya me lo figuro !

RICARDO. — ¡ Deme usted ! (*Quitándole la vara.*)

BENIGNO. — ¿ Por qué ha sido esto ?

TELESFORA. — ¡ Ay, qué desgraciada soy ! (*Llorando con el mayor desconsuelo y a gritos.*)

JULIETA. — ¿ Pero qué has hecho ?

TELESFORA. — Yo, ná. (*Llorando siempre a gritos.*)

ATANASIO. — ¡ Conque ná !, ¿ eh ?... ¡ Derrochona ! ¡ Malgastadora ! Tú acabarás por arruinarme...

RICARDO. — Sepamos, sepamos lo que ha sucedido.

ATANASIO. — Pues verán ustedes...

TELESFORA. — ¡ Ay, señoritos !... (*Llorando.*)

JULIETA. — Tranquilízate, mujer. (*Acariciándola.*)

ATANASIO. — Ya saben ustedes que esa perra se fué ayer a Ma-

driz... A ese maldito Madriz que es la perdición de las mujeres... ¡Por vía de mi suerte! (*Amenazando a TELESFORA.*)

BENIGNO. — (*Conteniéndole.*) ¡Sigue, hombre, sigue!

ATANASIO. — Pues, además del dinero que le habían dao pa varios encargos, la di yo diez duros... así, por largo, por si necesitaba gastar algo más... ¡Y saben ustés lo que me ha devuelto!... ¿Lo saben ustés?

BENIGNO. — ¡Nosotros, no!

ATANASIO. — ¡Nueve perrillas!

TELESFORA. — (*Berreando siempre.*) Yo te daré las cuentas...

ATANASIO. — No sí que voy a ajustártelas... ¡Deme usté esa vara! (*Dirigiéndose hacia ella.*)

RICARDO. — (*Deteniéndole.*) ¡Sosíégate, hombre!

BENIGNO. — Habrá tenido que hacer gastos imprevistos...

ATANASIO. — Si lo único... que yo necesitaba... era una cincha... pa la caballería. Y se ha traído una gorra pa el sobrino, unos pantalones pa mí... que puedo pasarme sin ellos... Y sobre tóo... y esto es lo que me ha colmao la medida. ¡Unos pendientes pa ella! ¡Aquí están! (*Sacando de la faja una cajita con los pendientes.*) Con su estruche y tóo. ¡Derrochona! ¡El lujo, el cochino lujo! Gastarse los dineros en esto...

BENIGNO. — Pero, hombre...

ATANASIO. — Mírenlos ustés. Una piedra verde rodeada de brillantes. ¡Ya te daré yo piedras! ¡Pedrás! (*TELESFORA chilla como antes.*) ¿Y saben ustés lo que se ha gastao en esto? ¡Discisiete reales!

BENIGNO. — ¡Qué barbaridad!

ATANASIO. — Eso es lo que yo digo: una barbaridáz. ¡Si merece que la mate!

TELESFORA. — ¡Por Dios, Atanasio! (*Berreando.*)

ATANASIO. — Como yo te dejara, acababas con tó lo que tengo. ¡ Si sales a tu madre, que se gastó en una ocasión seis pesetas en puntillas! Pero lo que es estos pendientes, tú no te los pones en las orejas, porque te las arranco antes. (*Nuevos berridos de TELESFORA.*)

RICARDO. — Basta yá, que la cosa no es para tanto.

TELESFORA. — ¡ Yo que lo hice pa gustale! (*Desconsoladísima.*)

ATANASIO. — Te prefiero a pelo, y no con estas alhajas que tú no pués llevar. Y no las pisoteo... por lo que ha costao... que si no... (*Cierra el estuche y lo guarda en el bolsillo.*)

BENIGNO. — Vaya, vaya; basta de disgustos y perdónala.

ATANASIO. — ¡ Yo perdonarla!... Tendría que ver.

BENIGNO. — (*A ATANASIO.*) ¡ Vente conmigo!

JULIETA. — (*A TELESFORA.*) ¡ Y tú conmigo!

ASUNCIÓN. — Sí, sí, separadlos ahora, porque ese hombre es muy ganso.

BENIGNO. — Ven, hombre, ven. (*Obligando a ATANASIO a salir por el foro derecha.*)

ATANASIO. — Si no están ustés en la casa, la queda recuerdo de este día... (*Vase con DON BENIGNO por el foro. Al pasar por la ventana amenaza con el puño a TELESFORA.*)

JULIETA. — Vamos allá dentro para que te serenes un poco.

TELESFORA. — (*Llorando.*) Pues si llego a decirle que le he compraó a él una cadena para el reló...

ASUNCIÓN. — ¿ Pero tiene reloj, Atanasio?

TELESFORA. — Pa cuando lo tenga... (*Llorando a gritos.*)

ASUNCIÓN. — Anda, mujer, anda. (*Vanse DOÑA ASUNCIÓN, JULIETA y TELESFORA por la izquierda.*)

INÉS. — ¡ Pobre Telesfora!

RICARDO. — ¡ No, pobre Atanasio !

INÉS. — Hombre... que ella haya gastado unas cuantas pesetas de más, no es motivo para que él la pegue una paliza...

RICARDO. — Según y conforme...

INÉS. — ¿ Te parece bien ?

RICARDO. — Esta gente sin educación, a falta de otras razones para persuadir, apela a este medio (*Enseñando el palo que aun tiene en la mano.*) como el único convincente.

INÉS. — Un medio bárbaro.

RICARDO. — No, un medio simbólico. Tú no ignoras que la vara en manos del alcalde, que es el representante del pueblo, simboliza la justicia...

INÉS. — Por lo recta...

RICARDO. — Y por lo contundente.

INÉS. — Bueno ; pues deja ese símbolo y hablemos de lo que importa.

RICARDO. — (*Después de dejar la vara en el banco.*) Hablemos.

INÉS. — Tengo que reñirte seriamente. (*Sentándose.*)

RICARDO. — ¿ A mí?... ¿ Por qué ?

INÉS. — Abusas del estudio...

RICARDO. — No tengo más remedio : había perdido la costumbre, y para recobrarla, necesito imponerme ese sacrificio.

INÉS. — Pero no hasta el punto de que perjudiques a tu salud.

RICARDO. — Me encuentro muy bien... Ya ves, hasta he engordado desde que estoy en este pueblo...

INÉS. — Sí ; pero muchas veces observo que estás agitado,

inquieto... Necesitas más descanso. Hoy mismo cuando dormías la siesta en la butaca, tenías unos sacudimientos nerviosos, que nos asustaste a mamá y a mí...

RICARDO. — No te preocupes por eso. Todo es necesario para realizar esos proyectos de los cuales espero mi tranquilidad definitiva.

INÉS. — Y yo también. ¡ Si tú supieras lo que hacía anoche, mientras tú estabas estudiando.

RICARDO. — ¿Qué hacías?

INÉS. — Cálculos.

RICARDO. — ¿Tú?...

INÉS. — ¡ Yo! Y aquí en este papelito tienes la prueba. (*Sacando una cuartilla de papel.*)

RICARDO. — Trae... dame.

INÉS. — Espera. Si en las oposiciones ganas esa plaza...

RICARDO. — Que la ganaré...

INÉS. — Así me gusta, ver que no pierdes la confianza en ti mismo.

RICARDO. — Eso nunca.

INÉS. — Pues bien; suponiendo que ya eres un catedrático respetable, que vivimos en una capital de provincia y que yo soy la señora del profesor de... de cualquier cosa... de lo que sea...

RICARDO. — De Lógica.

INÉS. — Bueno, pues la señora del lógico. Habitamos, como es natural en una casa muy modesta. (*Leyendo.*) «Alquiler de la casa, veinticinco pesetas mensuales.»

RICARDO. — Poco es; pero, en fin, nos acomodaremos.

INÉS. — «Comida, cien pesetas.» En provincias los comestibles están muy baratos.

RICARDO. — No dicen eso los que viven en ellas..., pero pasemos por las cien pesetas.

INÉS. — «Una criada, diez pesetas.» De seguro más trabajadora y mejor que las que en Madrid ganan treinta y cuarenta pesetas mensuales. ¡ Ya la estoy viendo con su refajo y su moño de picaporte... !

RICARDO. — Sigue, sigue...

INÉS. — Tenemos casa, comida y servicio... Trajes; con los que me quedan, reformándolos, tengo para muchísimo tiempo.

RICARDO. — Ya lo creo.

INÉS. — Tú, con el traje de levita y un sombrero de copa para ir a la Universidad...

RICARDO. — No necesito más.

INÉS. — Menudencias y gastos extraordinarios... veinticinco pesetas. Total, ciento sesenta. Hasta doscientas cincuenta, sobran noventa.

RICARDO. — Justas y cabales.

INÉS. — De modo que en un año ahorramos... ¿ a ver si sabes cuánto ?

RICARDO. — (*Calculando.*) Noventa por doce... Mil ochenta.

INÉS. — Ni más, ni menos,, que en diez años hacen...

RICARDO. — ¿ Mil ochenta?... Diez mil ochocientas pesetas.

INÉS. — Eso es: veo que haces las cuentas al céntimo.

RICARDO. — Ahora, sí.

INÉS. — Pues con diez mil y pico de pesetas, aun suponiendo que nos comamos el pico, nos queda bastante para vivir con más desahogo. Para esa fecha, tú habrás ascendido, habrás pagado todas las deudas y entonces... (*Muy alegre.*)

RICARDO. — Entonces... volveremos a gastar como antes.

INÉS. — No, Ricardo, no. Ya en mi vida volveré a derrochar más que cariño, porque eso no se acaba... ¿verdad?

RICARDO. — ¡Él mío nunca!

INÉS. — Ni el mío. Además... hasta ahora, como tú eras rico y éramos solos, tenía disculpa que no pensara más que en el presente; pero ahora... ¡quién sabe!... Acaso tengamos que pensar... en el porvenir de... de alguien que no somos nosotros... pero qué es como si fuéramos nosotros mismos...

RICARDO. — ¡Inés!

INÉS. — (*Abrazándole.*) ¿Inés... o Ricardo? ¡Qué feliz soy!

RICARDO. — ¡Inés!...

ESCENA VI

DICHOS. TELESFORA y ATANASIO, *por el foro izquierda.*

ATANASIO. — (*Señalando a INÉS y a RICARDO.*) ¡Míales, míales cómo se abrazan!

RICARDO. — (*Volviéndose.*) ¡Eh!

INÉS. — ¡Ah! (*Separándose de RICARDO.*)

ATANASIO. — (*Entrando cogido de la mano con TELESFORA.*)

No la dé a usted vergüenza, señorita, que la Telesfora y yo acabamos de hacer lo mismo.

TELESFORA. — ¡Tanasio!

ATANASIO. — ¡También tú vas a ponerte colorá!...

RICARDO. — ¿Habéis hecho las paces?

ATANASIO. — Gracias a la señorita Julieta, que tié un corazón más hermoso... Se empeñó en que delante de ella nos abrazásemos y nos diéramos un... un no sé qué de paz... Un beso; pero ella lo llamó de otro modo...

RICARDO. — ¿Un ósculo?

ATANASIO. — No me atrevía yo a decirlo...

INÉS. — Me alegro, hombre.

ATANASIO. — Qué iba uno a hacer... lo pasao, pasao... y hasta otra.

INÉS. — ¿Hasta otra paliza?...

ATANASIO. — Tóo pudiera ser.

RICARDO. — ¡ Hombre !

TELESFORA. — Si no me duelen, señorito...

ATANASIO. — Entonces, ¿por qué chillas?

RICARDO. — No hay derecho nunca a pegar a una mujer.

ATANASIO. — Mi padre, que esté en gloria, decía que a la mujer la había hecho Dios de una costilla del hombre, y que éste podía rompérsela, porque era suya.

INÉS. — ¡ Bonito razonamiento !

ATANASIO. — Además, cuando la mujer le saca a uno de sus casillas, no hay más que dos cosas pa castigarla : las tortas o el disprecio. (*A TELESFORA.*) ¿Tú qué prefieres?

TELESFORA. — Pues... las tortas ; ya lo sabes. (*Con cariño.*)

ATANASIO. — Yo no soy rencoroso y se me pasa pronto el berrinche. La prueba aquí está : quería arrancarla las orejas... y ya ven ustés, yo mesmo se las he adornaõ poniéndola los pendientes con mis propias manos.

TELESFORA. — Porque eres muy güeno... Son bonitos, ¿eh? (*Acercándose mucho a INÉS y RICARDO para que la vean los pendientes.. ATANASIO les saca brillo con el pañuelo.*)

INÉS. — Preciosos.

ATANASIO. — ¡ Vaya, vaya : no entretengamos más a los señoritos!... Vamos allá, drento... que tiés que probarme los pantalones...

TELESFORA. — ¡ Tanasio !

ATANASIO. — ¡ Telesfora ! (*La da un empellón cariñoso y se van por la seguida derecha.*)

ESCENA VII

INÉS y RICARDO. *Después, DON BENIGNO y DOÑA ASUNCIÓN por el foro izquierda.*

RICARDO. — Ahí tienes el feliz resultado de la energía del marido.

INÉS. — No ; ahí tienes el resultado feliz del cariño de ambos.

BENIGNO. — (*Saliendo con dos cartas en la mano.*) ¡ El correo ! Cartas para tí y para mí. Toma. (*Le da una carta a RICARDO que éste lee para sí y después entrega a INÉS, que también la lee.*) ¿ Quién me escribirá ? ... Yo conozco esta letra... ¡ Ah, sí ! (*A DOÑA ASUNCIÓN que ha salido detrás de él.*) De Carvajal. Ya sabía yo que éste no dejaría de contestarme. Siempre ha sido uno de mis buenos amigos.

ASUNCIÓN. — A ver, a ver lo que dice...

BENIGNO. — (*Leyendo.*) « Querido Benigno : Tu carta me ha sorprendido mucho... » ¡ Claro, cómo había él de figurarse ! ...

ASUNCIÓN. — Sigue.

BENIGNO. — « Produciéndome una impresión muy dolorosa. » ¡ Siempre ha tenido un corazón muy hermosísimo ! ...

ASUNCIÓN. — Sigue, hombre, sigue.

BENIGNO. — « Al encontrarte en una situación difícil has hecho bien dirigiéndote a mí. » ¿ No te lo dije ? ... Ya sabía yo...

ASUNCIÓN. — ¡ Continúa !

BENIGNO. — «No en balde me recuerdas nuestra buena y antigua amistad.» Figúrate tú, desde el Instituto...

ASUNCIÓN. — ¡ Déjate de comentarios !

BENIGNO. — ¡ Si es que esto consuela, mujer ! «Me conoces lo bastante para saber que soy de los que están siempre dispuestos para servir a sus amigos.» ¡ Siempre ha sido muy bueno ! ¡ Ya sigo, ya ! (A DOÑA ASUNCIÓN.) «Dices que te darías por satisfecho con cualquier destino por insignificante que fuera.»

ASUNCIÓN. — ¡ Hombre !

BENIGNO. — Le puse esto para facilitar...

ASUNCIÓN. — ¡ Siempre tan tímido y tan apocado !

BENIGNO. — «Con esta tu pretensión demuestras, una vez más, tu exagerada modestia.»

ASUNCIÓN. — ¡ Lo que yo te digo !

BENIGNO. — «Tanto por tu ilustración y cultura como por tus excelentes cualidades personales, mereces mucho más de lo que pretendes.»

ASUNCIÓN. — ¡ Claro !

BENIGNO. — «Pero por desgracia...»

ASUNCIÓN. — ¿ Eh ?

BENIGNO. — (*Volviendo a leer.*) Sí ; por desgracia, dice. «En la situación actual no tengo influencia ni siquiera para lograr el destino conque te contentarías.» (*Con desaliento.*) ¡ Cataplún !

ASUNCIÓN. — ¿ Y no dice más ?

BENIGNO. — Sí. «Que siente mucho... etcétera y que le ponga a tus pies.»

ASUNCIÓN. — A mis pies quisiera yo verle para darle su merecido. (*Indicando la acción de un puntapié que alcanza a DON BENIGNO.*)

BENIGNO. — ¡ Ay !

INÉS. — Y ese era uno de tus mejores amigos...

ASUNCIÓN. — ¡ Figúrate cómo serán los otros !...

BENIGNO. — ¡ Si éste fué siempre un animalucho ! (*Rompe la carta, cuyos pedazos conserva en la mano hasta que deba tirarlos al suelo.*)

RICARDO. — Pues la carta que yo he recibido es más satisfactoria. Me dicen que las oposiciones serán en septiembre, que son pocos los aspirantes y que voy con grandes probabilidades de lograr una plaza.

ASUNCIÓN. — ¡ Valiente plaza para sacarnos de apuros !

BENIGNO. — (*A RICARDO.*) ¡ Incorregible ! (*Tira los papeles.*)

ASUNCIÓN. — (*A DON BENIGNO.*) Podías haber tirado los papeles á la calle y no ensuciar esto.

BENIGNO. — Dispensa, mujer, lo hice sin fijarme. (*Se inclina para recoger los papeles cuando vuelve con la escoba*
DOÑA ASUNCIÓN, y empieza a barrerlos hacia el foro.)

ESCENA VIII

DICHOS y PORTUGALETE, que aparece en la puerta del foro cuando DOÑA ASUNCIÓN llega a ella barriendo. Luego, JULIETA, por la segunda izquierda.

PORTUGALETE. — ¿ Los señores de... ? ¡ Ah ! (*Viendo a DOÑA ASUNCIÓN.*)

BENIGNO. — Señor de Portugalete.

ASUNCIÓN. — ¿ Eh ? ¡ Ah !... ¡ Usted !...

PORTUGALETE. — (*Tendiendo la mano a DOÑA ASUNCIÓN.*)
Señora ; no la había conocido. ¿ Cómo está usted ?

ASUNCIÓN. — (*Sin estrechar la mano de PORTUGALETE.*)

Pues... ya lo ve usted... El médico me ha recomendado ejercicio, mucho ejercicio... (*Barriendo con verdadera saña.*)

BENIGNO. — ¡ Señor de Portugaléte !

PORTUGALETE. — ¡ Don Benigno !

INÉS. — ¡ Usted por aquí !...

RICARDO. — ¡ Qué sorpresa !...

PORTUGALETE. — (*Saludando.*) ¡ Inés !... ¡ Ricardo !...

JULIETA. — (*Saliendo por la segunda izquierda y quedándose parada al ver a CASIMIRO.*) ¡ Ah ! Tú... digo... usted.

PORTUGALETE. — ¡ Julieta !...

JULIETA. — (*Aparte a PORTUGALETE.*) ¿Cómo te has atrevido?...

PORTUGALETE. — (*Aparte a JULIETA.*) Ahora lo sabrás.

BENIGNO. — ¡ Tome usted asiento ! (*Se sientan todos. DON BENIGNO en primer término izquierda, junto a DOÑA ASUNCIÓN. En primer término derecha RICARDO al lado de INÉS, y en el centro CASIMIRO y JULIETA.*)

PORTUGALETE. — (*Sentándose.*) Gracias. ¡ Vengo muy cansado y aquí hace un calor sofocante !...

ASUNCIÓN. — (*Atajándole muy rápido.*) No lo crea usted. Dormimos con manta. Este pueblo es muy fresco. Por eso ha sido el venir a él.

BENIGNO. — Sí ; por eso.

ASUNCIÓN. — Aquí hacemos la vida de campo. Con toda libertad...

BENIGNO. — Ya ve usted cómo andamos...

INÉS. — ¿ Y por quién ha sabido usted que estábamos aquí ?

PORTUGALETE. — (*Mirando a JULIETA.*) Ya... ya pueden ustedes suponerlo...

ASUNCIÓN. — Sí ; ya nos lo suponemos. (¡ A quién se le ocu-

rre decírselo!) (*Aparte a JULIETA y pellizcándola en un brazo disimuladamente.*)

JULIETA. — ¡Ay!

PORTUGALETE. — Yo ruego a ustedes, ante todo, que me dispensen por presentarme así. Me han dicho que en el pueblo no había fonda... ni posada... ni un sitio siquiera para limpiarme el polvo del camino... Y ya ven ustedes cómo vengo... ¡Esos automóviles!...

ASUNCIÓN. — (*Con gran satisfacción.*) ¡Ah!... ¿Ha venido usted en automóvil?

PORTUGALETE. — No, señora; me ha puesto así uno que ha pasado por la carretera... Yo he venido en la tartana de la estación; que por cierto tiene un traqueteo...

RICARDO. — ¡Ya, ya!... (*Pausa larga.*)

PORTUGALETE. — ¡Pues aquí me tienen ustedes!

BENIGNO. — ¡Ya, ya! (*Pausa larga.*)

INÉS. — ¿Y qué objeto le trae a usted por aquí? Porque me figuro que no habrá venido sólo por hacernos esta visita.

PORTUGALETE. — No, señora, no; vengo a... un asunto muy importante y del que depende la felicidad de toda mi vida. (*Miando a JULIETA.*)

BENIGNO. — ¿Nada menos?

JULIETA. — ¡Ay, qué colorada debo estar!

PORTUGALETE. — Y celebro mucho encontrarles a todos juntos, así, en familia, para hablarles con el corazón en la mano. (*Pausa larga.*)

ASUNCIÓN. — Hable usted.

PORTUGALETE. — (*Muy vacilante y trémulo.*) Pues... ustedes no ignoran que Julieta y yo estamos en relaciones hace bastante tiempo... Yo, dada la brillante posición de

ustedes, no me atrevía a pretender su mano. Hubiera parecido interesada mi petición; yo no contaba más que con mi sueldo de dos mil pesetas. Y ustedes ya saben lo que son dos mil pesetas...

BENIGNO. — Ocho mil reales justos.

PORTUGALETE. — No, señor, con descuento. La posición que podía ofrecer a Julieta, era tan inferior a la que ella ocupaba... que no me atrevía...

ASUNCIÓN. — (*Dándose mucho tono.*) Es natural...

PORTUGALETE. — Pero cuando salieron ustedes de Madrid y me enteré de que estaban ustedes... trona... tron... tren... (*Haciéndose un verdadero lío y sin saber por dónde salir.*)

BENIGNO. — Tronados. Puede usted decirlo...

ASUNCIÓN. — ¡Benigno!...

PORTUGALETE. — ¡Tuve una alegría tan grande!...

RICARDO. — Hombre... (*Volviéndose todos hacia PORTUGALETE.*)

PORTUGALETE. — Quiero... decir... que... lo sentí mucho; pero al mismo tiempo me consoló la idea de que el cambio de posición de ustedes facilitaba mis aspiraciones. Además, he tenido la suerte de que hace tres días me han ascendido a doce mil reales...

JULIETA. — (*Con alegría.*) ¿De veras?

PORTUGALETE. — Sí. Y en cuanto lo supe, como Julieta me decía en sus cartas que sabe Dios cuánto tardaría en volver a Madrid, dije: «Yo no espero más; allá me voy a verles y a ofrecer a Julieta mi corazón, mi mano y mis doce mil reales...»

JULIETA. — ¡Casimiro!... (*Pausa larga. Todos están inmóvil-*

les, menos PORTUGALETE que los mira como consultando la opinión de cada uno.)

PORTUGALETE. — Poco es, ya lo sé; pero ya me irán ascendiendo.

INÉS. — (*A RICARDO.*) ¡Pobre muchacho! (*Pausa durante la cual todos violentísimos, y sin saber qué decir, se abanicán. PORTUGALETE lo hace con su sombrero y DON BENIGNO y DON RICARDO con dos periódicos.*)

PORTUGALETE. — Ya... me irán... ascendiendo...

BENIGNO. — Sí... ya le irán ascendiendo... (*Pausa larga.*)

PORTUGALETE. — (*Decidiéndose a romper el silencio.*) Espero la resolución de ustedes con una impaciencia que...

BENIGNO. — Hombre... yo... Así de pronto... ¿Qué dices, Asunción?

ASUNCIÓN. — Es una petición tan inesperada... Y con ese sueldo en Madrid, donde la vida es tan costosa...

JULIETA. — Nos estrecharemos...

PORTUGALETE. — Sí; nos estrecharemos mucho.

RICARDO. — No necesitarán estrecharse tanto como suponen. (*A PORTUGALETE, cariñosamente.*) Los informes que tengo de usted no pueden ser más favorables...

PORTUGALETE. — Gracias...

RICARDO. — Le creo digno de ser esposo de Julieta.

PORTUGALETE. — Muchas gracias...

RICARDO. — Y para facilitar ese matrimonio, que yo veré con mucho gusto...

PORTUGALETE. — ¡Muchísimas gracias!

RICARDO. — Le nombro a usted mi secretario particular con el sueldo anual de mil quinientas pesetas.

PORTUGALETE. — (*Asombrado.*) ¿Cómo?

ASUNCIÓN. — (*Asustada.*) ¿Eh?

JULIETA. — (*Idem.*) ¿Qué dices?

RICARDO. — Que le señalo ese sueldo desde ahora.

INÉS. — (*Levantándose muy asustada y poniéndole una mano en la frente.*) ¡Ricardo! Tú deliras...

BENIGNO. — De tanto estudiar se ha trastornado.

JULIETA. — ¡Se ha vuelto loco! (*A PORTUGALETE.*)

PORTUGALETE. — ¡Ay, qué desgracia!

(*Todos asustados, excepto INÉS, que se abraza a su marido, se separan de RICARDO.*)

ASUNCIÓN. — ¡Ay, qué miedo! ¡Avisad al médico en seguida!

BENIGNO. — ¡El médico!

RICARDO. — (*Acercándose a todos, que se han agrupado a la izquierda.*) Tranquilícense ustedes. ¡No hace falta médico!

TODOS. — (*Retrocediendo aterrados como si temieran una agresión de RICARDO.*) ¡Ay!

RICARDO. — Los únicos que estaban locos han recobrado la razón. Este pueblo les ha servido de manicomio. Volveremos a Madrid, reanudaremos nuestra vida y procuraremos todos, todos, que no pase de veras lo que por fortuna no llegó a suceder. (*Según oyen hablar a RICARDO, tranquila y razonadamente, van tranquilizándose todos.*)

INÉS. — (*Con amargura.*) ¡Ricardo, me engañaste!

RICARDO. — (*Yendo a abrazarla.*) Por primera y única vez en mi vida.

ASUNCIÓN. — ¿A Madrid? ¿Como antes? (*Con gran alegría.*)

RICARDO. — ¡No; como antes, no!

BENIGNO. — ¡Como antes, no!

RICARDO. — Por ese medio procuré corregirte como Atanasio corrige a su mujer, con aquella vara.

BENIGNO. — (*Cogiendo la vara de encima del banco.*) ¡ Con esta vara ! ¡ Me la llevaré a Madrid como recuerdo !

RICARDO. — ¡ Esposa queridísima !

BENIGNO. — Así, así debes llamarla siempre. (*A Inés.*) Y tú no des nunca motivo para que pueda llamarte *Su cara mitad*.

Fin de la comedia



TEATRO SELECTO

TÍTULOS PUBLICADOS
en los números

ESPECIALES LIRICOS

- 1 **F. Romero y F. Shaw:** «Doña Francisquita», «La canción del olvido» y «La rosa del azafrán».
- 2 **J. J. Lorente:** «La Dolorosa», «Los de Aragón» y «¡Señorita!».
- 3 **Ramos Carrión:** «Los sobrinos del capitán Grant», «La bruja» y «La Marsellesa».
- 4 **F. Romero y F. Shaw:** «Luisa Fernanda», «La chulapona» y «Monte Carmelo».
- 5 **Ramos de Castro y Carreño:** «La del manojo de rosas», «Me llaman la presumida» y «La boda del señor Bringas».
- 6 **Carreño y Sevilla:** «Los claveles», «La del soto del Parral» y «La guitarra».
- 7 **M. Echegaray:** «La viejecita», «Gigantes y cabezudos» y «El dúo de La Africana».
- 8 **Carlos Arniches:** «Serafín el Pinturero», «La cara de Dios» y «El amigo Melquiades».
- 9 **F. Shaw y L. de Saá:** «La revoltosa», «Las bravias» y «La chavala».

SOLICITE CATÁLOGO QUE ENVIAMOS GRATUITAMENTE

DISTRIBUIDORES
COMERCIAL GERPLÁ
Unión, 21. — BARCELONA

Valverde, 43-MADRID
Ballesteros, 4-VALENCIA
Gamazo, 6-SEVILLA

ROVIRA. - ROSELLÓN, 332. - BARCELONA